

ESTUDIOS y NOTAS

COMUNIDAD Y REPRESENTACION

LOS CAUCES DE LA COINCIDENCIA Y LA REGULACION DE LA DISCREPANCIA

LOS ESQUEMAS MENTALES

La manera más inmediata y familiar de ser social es la que forja al grupo que congenia. El grupo que congenia está estimulado por las más calurosas formas de interacción. Otras maneras se apoyan en vigencias comunes; es fácil estar de acuerdo con los que opinan en idéntica línea. A medida que falta el trato directo, sentimental o intelectual, la convivencia se ve proyectada en agrupamientos más extensos, pero correlativamente menos profundos; en la zona más amplia no queda apenas sino la comunidad de formas de conducta, a menudo puramente dependientes de la autoridad o respetabilidad de que las dota el órgano investido de poder.

De este modo el trato se vincula a la mentalidad de los individuos que se relacionan, pues si de un lado cada grupo se califica por una mentalidad, ésta encuentra siempre génesis sociales. Las mentalidades no solamente son cuestión de época, sino también de grupo. Antes que nada porque no se está en un grupo, sino cuando se adquiere conciencia de permanecer en él.

La experiencia histórica ofrece muchos ejemplos. Scheler subrayaba que el labrador medieval no se comparaba con el señor feudal, ni el artesano con el caballero: se comparaban, a lo sumo, con otro labrador o con otro artesano más ricos o más considerados... Se tenía conciencia del puesto que se ocupaba en una ordenación querida por Dios. Contrastantemente se puede ver a quién se comparan nuestros contemporáneos. La sociedad actual se unifica porque está montada sobre un mecanismo de concurrencia, porque cada uno piensa que puede ser lo mismo que otro, que accede a lo que logra el vecino, que alcanza lo que alcanzaron otros en su condición... La propaganda estimulante lanzada en Norteamérica

desde hace medio siglo, al señalar el origen de las grandes figuras, propone a todo ciudadano una peripecia análoga.

Frente a la exaltación de la virtud se impone la técnica del éxito. Lo importante es «llegar». Como en teoría podemos llegar todos, hay que condicionar los resultados por la conducta, porque el concepto que el hombre tiene de sí mismo depende del éxito o del fracaso, pero éstos dependen también de las tareas propuestas. No es lo mismo proponerse el labrador o el artesano ser mejores o más relacionados o más ricos, que tratar de emular al caballero o al señor. Y, sin embargo, las gentes de nuestro tiempo tienen todos los días —y no sólo en el cine— una desvanecedora propuesta optimista.

La actitud que se toma ante los hechos y ante los hombres encuentra su génesis en la experiencia vital propia o próxima y en la reflexión que va formando un saber oportuno. La repetición de las experiencias fija conductas y éstas apoyan determinaciones de voluntad sobre la base de estados de conciencia.

Gran parte de la incomodidad social en este trato de hombre a hombre deriva de los fracasos y de la explicación de los fracasos, es decir, de los obstáculos que encuentra quien se propuso lograr lo que no ha conseguido. Los vencidos reaccionan de manera diversa. Unos, esperan a la puerta, según el refrán árabe; confían en el tiempo, su vida será más larga que la de quienes triunfaron u obstaculizaron sus proyectos. Otros vigilan en el camino: «arrieritos somos», dispuestos a responder al primer choque en mejores circunstancias. Algunos, en fin, confían en la Providencia; los menos, se conforman: así se ha dispuesto por la Divinidad. Y aún otros, menos en número aún, reaccionan activamente: vuelven a comenzar.

Derivan de ahí los esquemas mentales con que cuenta el hombre. Son las conexiones que el mundo psíquico social impone a las reacciones individuales. Y, en el juego de una y de otra, nacen los tres tipos del hombre dirigido por la tradición, por la mentalidad autónoma y por una mentalidad montada sobre las imágenes dadas por los demás.

Importa también considerar el despliegue social de la mentalidad misma, tanto en su proyección moral del trato humano como en la interpretación del mundo y en la reflexión de las maneras de obrar. La proyección moral elabora dos esquemas típicos, según se valore la norma o la naturaleza. De las raíces del estoicismo o el epi-

curéisimo surgen el espiritualismo o el sensualismo, la disciplina o la anarquía. La interpretación del mundo en el cuadro de las creencias produce el ejemplo del apóstata, que es «el converso con estructura íntima de tal». La vida espiritual de este tipo humano anda desligada de la fe que se profesa; la fe es profesada sólo en tanto queda en tela de juicio y sirve para luchar contra la creencia precedente. Aunque no sean —felizmente— frecuentes los casos de Tertuliano o de Friedberg, no pocos de estos elementos viven en gentes de nuestro tiempo. Frente al converso encadenado por el mecanismo de la conversión, se encuentra al converso regenerado por el esfuerzo del convertirse o del tornar.

En cuanto toca a los hábitos, advertimos diversos esquemas mentales, tales como el ingenuo o el retributivo. La actitud ingenua cambia con el contraste de las impurezas de la realidad, ante el truco de los que están en el secreto. La actitud retributiva tiene una base privatista, practista. Es ella la que saca de quicio el ciento por uno de la parábola. Bien se ve frente a esta actitud la posición de Santa Teresa cuando reza:

*pues aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

También es actitud derivada de esquema mental vinculado a los hábitos, la que conduce al misonéismo, al horror a toda novedad, pues más vale —afirma— lo malo conocido... Ahí reside la fuerza de la inercia, el íntimo deseo de no ver cambiadas las categorías que nos permiten una clasificación con vigencia; a veces, incluso pesa la rutina que prefiere el milagro al esfuerzo, la magia a la técnica. En alguna ocasión esta actitud es defensiva, considerada; busca la tranquilidad, el disfrute de la situación. Lo nuevo necesita buenos valedores para ser aceptado. Y sólo con las experiencias se acreditará. Se estima que el pasado ofrece repertorio suficiente: se olvida que puede haber hechos distintos de los catalogados. Los cuatro doctores de la Sorbona tenían que dar su beneplácito a la novedad: toda novedad exigiría así discusión, el racionalismo se impondría a la tradición.

Como al hombre y a los grupos de hombres éstas fórmulas, a los pueblos los han movido determinadas figuras sugestivas. Ejemplar es la que puede llamarse mística de ciudad sitiada o política de cerco. Arranca del *einkreisung* alemán, terminología venatoria

que expresaba el uso de rodear una pieza de caza por movimientos concéntricos sobre el terreno. Aprovecháronlo los publicistas y los diplomáticos de la época guillermina y tornó a usarse por todos los países de organización dictatorial: por la Italia fascista, la Alemania nazista o la Rusia soviética en momentos de interna y externa angustia. Estos mecanismos afirman los vínculos intersociales e incluso dotan a la estructura de un sentido clánico. También hay en tal figura pasado. Así, cabe enfrentar esta mística, ejemplificada, por lo que toca a España, en Granada o en Zaragoza, con la posición abierta que se advierte en Valencia, ya desde los tiempos de Eximemis. Pensemos, en fin, en lo que sucede con la ocupación de territorios, y aun, sobre todo, en esa guarnición permanente establecida tras la II Gran Guerra a la firma del armisticio de 1945.

LAS INCITACIONES DE LA AFINIDAD

Junto a la atracción congenial, basada en los temperamentos, en las mentalidades y, en fin de cuentas, en la simpatía, está la atracción ecológica y bioparental. Mientras en los animales la conciencia de la especie sólo se pronuncia cuando media la llamada del sexo, en los hombres esta esfera es muy vasta y con frecuencia ofrece fondo psicológico y queda apoyada por afinidades mentales. Surgen círculos diversos de afinidad que incitan a la interacción. y como estos círculos no se excluyen entre sí, resulta que el ser humano puede pertenecer a varios de ellos, atendiendo a la afinidad y ocasionando un muy extenso panorama de interferencias.

Las afinidades pueden ser religiosas, lingüísticas, culturales o políticas, todas ellas partiendo de un fondo axiológico, pero también pueden encontrar base en el temperamento psico y fisiológico (incluso se da la afinidad de los gordos o de los flacos, de los glotonos o de los bebedores de cerveza).

Las afinidades se apoyan en lo que se califica certera y expresivamente de «parecido social». El hombre se asemeja a los hombres no sólo individual, sino socialmente, y en esta zona con mayor vastedad que en aquélla. El parecido social se produce dentro del sistema de las relaciones sociales, en las que se va diversificando y concretando el vivir social. Generalmente el fenómeno de la afinidad política o ideológica se advierte de modo inmediato, pero no por su entidad, sino por la exteriorización de su relieve. De las

demás afinidades podría decirse que no se sacan a subasta pública; cada cual se pone en contacto con aquellos semejantes que suscitan la incitación más eficaz.

Fué ya un viejo problema de arte político el de la asimilación nacional de las fuerzas foráneas. Semejante cuestión no sólo estriba en la vieja convivencia helénico-romana y en el mundo medieval, sino singularmente en ese mundo moderno donde la violencia se ligaba al Estado y el príncipe incorporaba pueblos y territorios. La actuación de los monarcas absolutos ha dado paso a la de los partidos catequizadores. La proyección social del monopartidismo pretende una asimilación homogeneizante y dispone de instrumentos de tesitura políticoeclesiástica.

La asimilación de los modos, o estilos de vida ha dejado menor huella, o es menos ostensible. Verdad también que algunos de estos estilos no se querían generalizar, p. e., el caballeresco. La imitación de estas formas conduce, con todo, a determinadas estratificaciones. También resulta expresiva la irrupción de la conciencia burguesa y sobre todo la incitación asimiladora de la clase media, que ve acercarse a sí a los miembros de los otros dos agrupamientos. E igualmente es válido el ejemplo de la proletarización, no sólo en la férrea estructura de la Unión Soviética, sino en la experiencia de otros países donde el proletario tipifica al trabajador, e incluso se hace apetecer su estilo de vida mediante los mecanismos de seguridad en el trabajo y de asistencia en el infortunio.

Hoy se mezclan política y sociedad en la incitación de los dos grandes centros de energía supranacional: la URSS y la USA. Uno y otro tienen el orgullo de su obra y la proclaman y difunden, dando razón a quien habló de su garrulería. No es otra cosa la propaganda, el empeño en señalar la superioridad de sus modos de vida. Apoya las incitaciones contemporáneas el triunfo del positivismo, como esfuerzo por hacerlo todo inteligible y consecuentemente, frente a lo no inteligible, ahogar las formas de expresión de más dificultosa accesibilidad. Así se democratizan las razones para ponerlas al alcance de todos. Se dejan de lado la teología y la metafísica, vistas como nuevos libros de caballerías en los cuales no hay que meterse.

Incitadas las afinidades (y también correlativamente las repulsas), se subraya el sentido de la agrupación y se afirma la comunidad radical que vincula a los hombres. Si el liberalismo burgués acercaba a las formas societarias, las actitudes sucesivas aproximan

al mundo comunitario. El problema de fondo es que habría que ir a una ordenación social sin relaciones de dominación —que es lo que parece que da marchamo propio a la comunidad—. El regimiento de una comunidad no se apoya en la *potestas*, sino en la *auctoritas*; es relación natural y prestigiosa. Las formas comunitarias atraen por esencia la mayor carga social. El mismo patriotismo, frente al nacionalismo, refleja, como señalaba Santayana, esa irradiación vital, sentimiento de orgullo, ansiedad, ardor y lucha por las nobles empresas y no solamente por los bienes materiales, asegurados mejor por el gobernante nativo.

Por eso, las comunidades antiguas no concebían al disidente, al disconforme ni al diferente. El individuo que se separaba de la comunidad —o que era separado de ella, «como miembro que se corta del cuerpo», según se decía—, era, utilizando otra vez el adecuado símil arbóreo, como la hoja que cae.

DEL ANTAGONISMO A LA ALTERACIÓN

Las hojas que caen no dañan al árbol de hoja caduca, pero sí al árbol de hoja perenne. En unos regímenes es natural y esperada la disidencia, la disconformidad o la discrepancia; en otros resulta artificial y no se espera. En general, el problema depende también del volumen que adquiera el antagonismo, el juego de la amistad y de la enemistad, de la simpatía y de la repulsa. *Les amis de mes amis sont mes amis*, refleja ya la proyección multiplicante de ese vínculo.

El surgimiento de antagonismos supone un dirección del desasosiego, una jefatura de la alteración o turbación. Su posterior despliegue está vinculado a muchos y diversos factores; puede aparecer como simple amenaza de violencia y puede llegar a iniciarse con la máxima violencia.

Cuando la disidencia se concretaba en pocas personas, la Antigüedad y la Edad Media encontraron el fácil subterfugio de la expulsión. No es otra cosa la excomunión que separa al hereje del gremio de la Iglesia; como la pérdida de la paz de los germanos. El mundo feudal fijó la *diffidatio*, pero si el disidente era caballero podía «despedirse», marcharse... a servir a otro señor. El discrepante cambia de órbita social. Solamente en el mundo moderno el antago-

nismo logra más firme perfil. La teorización del derecho de resistencia permite forjar los primeros núcleos de antagonización.

Tras la resistencia anda la revolución. Los escritores españoles de la época de exteriorización de disidencias —en Portugal, en Cataluña, en Nápoles y en Flandes— llegan a afirmar el derecho de establecer guarniciones permanentes allá donde la súbditos del príncipe se muestran propicios al desasosiego. Prueba de la peligrosidad que advertían no sólo en el volumen de la turbación, sino en la organización de la alteración misma. Con todo, el problema actual de donde arranca es de las cuatro revoluciones metidas en la Historia moderna. Del esquema pergeñado por Crane Brinton se ha deducido con plena lógica que toda revolución parte de una serie de fisuras o debilidades sociopolíticas. Las revoluciones surgen en las zonas más prósperas; necesitan advertir un contraste que abra los ojos a las gentes; donde siempre se vivió mal, nadie se rebela: las regiones alzadas contra los Austrias españoles eran las más ricas...

Disponiendo de ambiente propicio se desarrolla la actividad de los grupos más activos o eficaces, sociedades, clubs etc., que suscitan el desentendimiento de los dirigidos hacia los dirigentes. La parte pasiva de la sociedad acaba hostilizando a la parte activa; la movilidad social cristaliza; cada grupo se arropa. Y se presenta la reacción con las medidas policíacas: cierre de centros, declaraciones de heterodoxia o de desviación, etc. Tras las medidas de los gobernantes, sus antagonistas han de acudir a la alteración.

El viejo término alteración sigue siendo expresivo; hay inquietudes a las que siguen alteraciones. Todo ello puede ser lento. Es falsa la visión de una técnica revolucionaria de tipo relámpago. Las revoluciones se forjan todas con *relanti*. Sólo sobre ese terreno triunfan el alzamiento, la subversión o la turbación. Se imponen los moderados en combinación con los extremistas, pero bien pronto el antagonismo surge en el seno de los gobernantes.

Y aún no quedan las cosas ahí. Toda revolución anda en el tobogán del tira y afloja. La fijación de otro orden de convivencia no resulta sencillo. Ha de contar con los hombres y con las reacciones de los hombres, con la vida material y con la vida espiritual. A veces se resuelve el problema económico: la gente vive mejor; pero casi nunca se apaga la llama de la insatisfacción espiritual. En torno a esto hay que considerar los problemas de consolidación y aun si conviene dejar una cierta fluidez en los mecanismos sociales.

Toca cerca de esa llama el lugar del intelectual, que la sociedad

moderna sitúa en todas partes, ya que la propaganda que asedia al ciudadano es necesariamente obra de expertos. El intelectual es, por definición, hombre que toma posición ante las cosas; resulta por ello tipo humano propiciador de desasosiego. En el esfuerzo por enrolar a los disconformes, los dirigentes de la sociedad buscan a los intelectuales para que fijen principios, y a menudo los fijan sin parar mientes en las consecuencias, sirviendo—como ha escrito Thierry Maulnier— a hombres que se interesan por las consecuencias y se burlan de los principios...

IDEOLOGÍAS Y GRUPOS SOCIALES

El concepto de ideología es reciente. Balmes utilizó el vocablo, pero le daba un contenido adiafórico, según ha advertido Hans Barth. Las ideologías son hoy fórmulas abstractas y convencionales que enmascaran los intereses reales y la voluntad concreta de dominio. Las interpretaciones neomarxistas nos las ofrecen como sistemas creados para satisfacer, por el pensamiento, ciertas necesidades relativas al desarrollo histórico determinado de una clase o grupo social.

La ideología no puede comprenderse sino ligada al grupo. Incluso se la clasifica por ello: habrá ideología revolucionaria como proyecto de vida más sugestivo, amparador de los grupos ascendentes; habrá ideología conservadora como justificación del presente sobre bases de permanente vigencia, en defensa de las posiciones de los grupos dominantes; habrá, en fin, ideología reaccionaria en esa glorificación del pasado con pretensión de renacimiento que suele atraer a los grupos en decadencia. La ideología se encuentra de este modo como sustentáculo del grupo social, precisamente en el marco de la coincidencia o de la disidencia.

Es notorio que la sociedad no solamente se sustenta sobre la plataforma telúrica o biológica; son singularmente los conjuntos de creencias lo que permite el desarrollo orgánico de la sociedad. Todas las transformaciones sociales han tenido presente este contacto. El pensamiento pasa a ser instrumento concreto, bajando de su altura de abstracta escogitación. Su fuerza reside en el hecho de que espíritu exija su presencia llevando una adaptación irracional sobre supuestos e implicaciones emocionales. Se señala lo que en ella se liga con la sociedad y lo que siembra entre sus miem-

bros el desasosiego. tendente a reformar y a revolucionar. Piénsese en la *Utopía*, de Santo Tomás Moro, con su pretensión a abolir el dinero y la propiedad privada, a establecer la libertad de religión, a reducir la jornada de trabajo, a especializar los quehaceres. Piénsese en lo que bulle en el fondo de los seis libros de la *República*, de Juan Bodino, singularmente en su aceptación del cambio social, su valoración de la familia, su exaltación del comercio... y sus consideraciones sobre la falta de vigor combativo de los campesinos, el papel de la escasez de recursos naturales en relación con la disciplina, la importancia de la situación urbana para el desarrollo mercantil, etc. ¿No hay impulso revolucionario en Campanella, cuando su *Ciudad del Sol* se enfrenta con el privilegio de la sangre, por el cual el noble ignorante se arrogaba la dirección de la República? En Campanella está el origen de la ideología laboral: como el pie anda y el ojo vé —escribe expresiva y polémicamente— la persona que ejerce un oficio lo cumple de manera honorable.

Frente a la igualdad campaneliana, Francisco Bacon tornará al esquema medieval con una visión laicista, colocando a los milites delante de los tres tradicionales estamentos, subordinando los artesanos y trabajadores a los caballeros de la milicia, porque a su parecer, las actividades mecánicas enflaquecían los ánimos. Al contrario, en Calvino, los trabajadores ocupan el lugar primero; el trabajo es visto por el reformista como servicio divino y como rescate del pecado. Más aún: como el trabajo es tan importante para nuestro destino ultraterreno, no podemos dejarlo al azar; hay que regularlo y racionalizarlo. (Así esta línea resonará en Bodino y en Vives no solamente como concepción doctrinal, sino como ideología: la sociedad será perfecta si utiliza a sus miembros en lo que éstos pueden cumplir mejor).

La ideología da contenido a la acción del grupo, del mismo modo que el Derecho lo encuadra. Acaso en esta doble vía es donde más adecuadamente se comprenda lo que aquí queremos expresar. El viejo *populus* era configurado por el derecho y ligado por la común utilidad, según el texto de Cicerón: *ius consensu et utilitate communionis sociatus*. Las vivencias comunes, dentro de la multiplicidad de reacciones individuales, asocian no menos que la tierra y la sangre. Ahí reside el valor de cuanto se ofrecía en el vocablo patria, que vinculaba las tradiciones con los intereses, la gloria de la historia con la utilidad de la jornada contemporánea.

LA IDEOLOGÍA COMO INSTRUMENTO DE UNIFICACIÓN

Las antiguas religiones oficiales cubrieron tareas semejantes a las que se reconocen hoy en la ideología: recuérdese la posición de Grecia frente al ateísmo, la de Roma contra quienes no prestaban culto a sus dioses... Solamente con el Cristianismo se distingue —podríamos decir— la religión de la ideología. Dios y el César ocupan planos diferentes. Su reflexión conducirá al ministerialismo carolingio o a la alianza del trono y el altar, pero ya no fundirá las dos espadas. La fusión anticristiana la encontraremos en Federico II de Sicilia, que parece ofrecer resonancias islámicas en su acción. Alguna vez andaremos también cerca de ello nosotros, acaso por la misma razón de parentela: Felipe II hace un Estado-Iglesia, donde el monarca es vicepontífice y el ciudadano ha de mostrar su fe de bautismo y su cédula de cumplimiento pascual para poder participar en la vida pública...

El totalitarismo contemporáneo coge asimismo la iglesia para sí. Como «fuera de la Iglesia no hay salvación», nadie es ciudadano fuera del Partido. Hitler declara que el apolítico no encuentra lugar en su régimen (*gibt es nicht den geringsten Raum fuer den unpolitischen Menschen*). El apolítico es como el hereje: queda excomulgado. La actitud confesional se laiciza. Al dogma corresponden los Puntos o Programas; a la jerarquía eclesiástica, también la jerarquía del movimiento. Hay, incluso, como en el ejemplo del clero y de los monjes, dos sectores especialmente apartados: los dirigentes del partido y los miembros de las asociaciones paramilitares. Unos y otros disponen de singular tutela jurídica. Sobre esas bases, los totalitarismos no se conforman con la unidad, buscan la unificación, o aún la hemogeneización. La experiencia nazista es acaso técnicamente la más perfecta, por aceptar la documentación del soviétismo y del fascismo. Así se va a la *mise a l'unison*, a la *gleichschaltung*.

Vivimos ahora bajo su impacto. Nada de lo que acontece en el orbe nos puede ser, hoy, ajeno. Bajo influencia del mecanismo totalitario, aún dentro de los ambientes considerados democráticos, se producen los llamamientos emocionales, el liderazgo no-parlamentario, las formaciones políticas partidistas (con sus cuerpos de funcionarios, y, sobre todo, con el mecanismo de la captación y recluta de adheridos). La gravedad del proceso ha sido advertida por

Gabriel Marcel, al señalar el peligro de que mediante estas técnicas de seducción de las masas se produzca un nuevo tipo de hombre opaco al sistema de valores tradicional.

Para saber a qué atenerse, el cristiano no tiene sino acudir al pasaje 5.29 de la *Historia apostólica*, que nos enseña a obedecer a Dios antes que a los hombres. Pero ¿hasta qué punto distingue hoy el ciudadano estas dos obediencias? Deberíamos empezar por preguntarnos si el Estado puede ejercer una misión doctrinal. Los avatares del último veintenio han hecho deducir que no cabe un Estado agnóstico. Los Estados que conocemos desde hace unas décadas están trabados a la sociedad de tal manera que no pueden ser concebidos asépticamente. Por otra parte, la difusión de la verdad no debe ser desatendida. No es indiferente al bien común que se propugnen errores o verdades. Está claro, a mi modo de ver, que para cumplir esta necesaria discriminación toca al Estado estimular al mundo eclesiástico y a la organización de la docencia. Iglesia y Universidad colaboran ahí plena y eficazmente. Pero, ¿podría el Estado tomar posición?

Creo que el Estado puede y debe tomar posición en torno a las ideologías siempre que no subvierta su ser propio. Para ello son precisos el alerta de la Universidad y de la Iglesia, y la acción de la conciencia de los hombres, que han de sentirse personas tuteladas en su dignidad. El límite lo dan las propias calificaciones: la adhesión del ciudadano mira a los elementos institucionales, al proyecto de vida común, no a aquellas estructuras *in fieri* que desbordan la sociedad política. Para declarar la verdad hay que tener razón, y no siempre la tienen el Estado, los regímenes, los movimientos, los partidos o los gobernantes. También hay que enfrentarse con el monismo de la verdad: hay una verdad de la cual toca hablar a la Iglesia, otra verdad que definen los órganos académicos, y una tercera verdad de tipo social donde juega esencialmente la opinión. Esta es subalternante y nunca puede obtener categoría dogmática.

La imposición ideológica sólo deberá admitirse sobre el precedente consenso popular; cuando ya la unificación está conseguida, no para conseguirla. Esto último plantearía un nuevo antagonismo que podría otra vez conducir a la revolución. Llevar el pueblo entero al esquema del grupo habrá de ser siempre, para su eficacia, obra social y no estatal.

HOMBRES Y GRUPOS POLÍTICOS

Cuando el resultado buscado supone el concurso de otros hombres, cuando se parte de la aceptación del popular consenso, puede decirse que hay política. Esta no es, en fin de cuentas, según señala Jouvenel, sino una técnica de la adición de fuerzas humanas por la reunión de voluntades.

Así puede decirse que el partidismo es siempre un fulanismo, pues la neutralización de este proceso sólo se da con la inmixción que disuelve al partido en la sociedad. No es preciso que el jefe tenga siempre razón, como pretendía Mussolini; aun sin razón encuentra seguidores. La cualidad que necesita el hombre que rige un partido no estriba tanto en el dirigir, sino en el unir; la cohesión del grupo dirigido es esencial al éxito de la conducción; de lo contrario se parcela y pierde.

Esa cohesión ha de darse, ante todo, en el núcleo de los seguidores más inmediatos, en su séquito. Cuando se construyen las figuras monstruosas de los partidos totalitarios, el carácter de séquito ha de revestir al partido entero para vincular a la población que se pretende incorporar. Por eso, entre pueblo y Estado colocaba Schmitt al Movimiento, y éste era visto como parte más fiel al jefe, detentora de la capacidad formuladora y exhortativa. (De ahí que se le diera la competencia propagandística.)

Dentro de los partidos el peso de la personalidad depende del grado exigido por el ambiente, bajo influencias diversas: de la experiencia personal, de la información, de los intereses económicos, sociales y políticos, incluso de la presión del grupo del cual se es miembro.

Los hombres mueven a los hombres, los jefes a los partidos. Hay que acudir al llamamiento de las voluntades, forjando opiniones. Ya lo advertía Rousseau en 1772, en sus *Consideraciones sobre el gobierno de Polonia*: «Quiconque se mêle d'instituir un peuple, doit savoir dominer les opinions et par elles gouverner les passions des hommes.» La opinión era, para Rousseau, lo que la Sociología moderna llama un instrumento de conformismo, factor integrador por excelencia y fundamento propio del poder político.

El hombre que dirige un partido ha de conocer el mecanismo de la opinión, la existencia simultánea de dos opiniones diferentes sobre los mismos problemas: opiniones privadas y opiniones pú-

blicas, y opiniones privadas influenciadas por opiniones públicas. La coexistencia de estos dos estados es la clave del proceso psíquico-social de la propaganda. Ha de contar con grupos naturales y tradicionales. Las diferencias de linaje y de estado —que advertía Castillo de Bobadilla en el siglo XVI—, no han dejado de influir en la opinión. Influyen hoy más, sin embargo, los grupos de intereses, porque las gentes identifican sus conductas a lo que les resulta más favorable. Ha de contar, sobre todo, con la masa indiferente, y con la abstención. Las épocas tranquilas reflejan atonía política que favorece al sistema político establecido pero que anuncia futuras tormentas. La abstención electoral permitió la paz canovista; la tranquilidad de la Dictadura ayudó a la turbación del 14 de abril. Es preciso que el gobierno refleje la opinión porque, según la frase de Pascal, sólo un imperio fundado sobre ella «reina algún tiempo y es dulce y voluntario».

La opinión se impone hasta forjar sus víctimas, y así encontramos grupos sociales de víctimas de la opinión. En todas las coyunturas hay privilegiados y sacrificados. La política social sacrifica a los propietarios; la inflación a los rentistas; el sindicalismo a quienes quedan fuera del sindicato... A las veces triunfan los hombres menos dotados, más improvisados o más decididos. La contraposición de Hitler a Brüning, o de Churchill a Chamberlain deja ver el papel que la oportunidad da al mando en el régimen de partidos.

Se atrae a las gentes conservadoras no sólo por la conciencia tradicionalista, sino por la cristalización de las estructuras triunfantes. La revolución conservadora o la dictadura constitucional representan plataformas propagandísticas capaces de asociar al pueblo junto al jefe. Ha importado así profundizar en lo que se condiciona la aprobación de la actividad desarrollada por el grupo gobernante.

Una opinión pública libremente formada exige un ambiente donde sea permitida la constitución de grupos autónomos en la vida social, y correlativamente de grupos de opinión libre. El técnico al servicio de la oligarquía cumple función más grave que la del artista que entretiene el aburrimiento de las gentes ociosas.

No hay régimen, política o socialmente asimilador, que no necesite, para mantenerse, conservar una imagen sagrada del poder. Sólo así justifica su posición, en renovada mecánica de enfrentamiento. El poder total necesita tener enfrente su enemigo. La presencia del mal, cuidada como el rescoldo de la hoguera que permite

la vida, le es necesaria para poder probar —como subraya Collinet— su identidad con el bien. Si esto logra llevar al pueblo entero el esquema del grupo, consolidará la unidad sobre la base de la cohesión.

PARTIDOS Y ANTIPARTIDOS

Los partidos políticos se ofrecen, según la versión weberiana, como formas de socialización. Estas descansan en un reclutamiento formalmente libre y tienen por fin proporcionar poder a sus dirigentes y otorgar a sus miembros ciertas probabilidades. Los partidos andan, así, en esa zona de la coincidencia y de la discrepancia, acercándose a los instrumentos de acceso al mando. Forman, sin embargo y ante todo, entre los órganos de opinión, y deben ser atendidos en tal despliegue.

Aunque nadie haya nacido miembro de un partido político, según la rotunda expresión de José Antonio Primo de Rivera, los grupos políticos aparecen ligados a la sociedad, y de una u otra forma reflejan mecanismos que han logrado siempre presencia efectiva en el mundo de la política. Los partidos son fuerzas sociales organizadas, en las que sólo se pierde la espontaneidad natural por causa de la cristalización de sus grupos rectores y del burocratismo de sus estructuras administrativas. Como fuerzas sociales entran en buena parte en los mecanismos de la convivencia, pues reflejan intereses no sólo económicos y políticos, sino culturales y espirituales.

Tanta importancia tiene el partido en la convivencia política, que los regímenes han podido calificarse en relación con ellos: regímenes de monopartidismo, bipartidismo o multipartidismo. Haber visto de manera ejemplar el partido en esta última expresión ha venido a dañar el adecuado enfoque del mismo. Se ha señalado también el contraste entre el partido que mira al Parlamento, apoyado en los derechos de libertad, que es una asociación proyectada hacia un cauce de disidencia y de coincidencia, y el partido que mira al Ejecutivo configurado como órgano e instrumento de acción política por parte de los gobernantes.

El tipo de partido político inglés responde a una experiencia histórica concreta, como la del partido político francés. España imitó ambas experiencias en dos momentos, sin haber encontrado una fórmula propia. Olvidamos a menudo que estas instituciones

exigen estructuras sociales y aún ambientes adecuados. El reciente libro de Mac Kenzie subraya la continuidad creadora del partidismo británico, en tanto que los estudios de Vedel y Duverger documentan la proliferación partidista francesa como causa de la inestabilidad ministerial.

Rousseau no quiso saber nada de los partidos y los liberales, antiguos maldecían de ellos. La visión unitaria de la opinión pública queda rota con los partidos que presentan el peligro de disolver atomizadamente la fuerza de representación, obligando a forjar mayorías de compromiso, con las cuales es imposible realizar una obra positiva. A. Giannini señala, ahora, al partido como diafragma entre el pueblo y el Parlamento, y entre el Parlamento y el Gobierno. Por su interferencia el gobierno parlamentario se transforma en gobierno partidario; falla, así, la educación política, mientras se debilita, si no es que se pierde, el sentido del Estado.

El problema del partido es un problema de medidas y de límites. En cuanto proyección social, merece tenerse en cuenta. Pero al extender excesivamente su programa, abarcando puntos demasiado concretos y demasiado numerosos, interfiere amplias esferas de libertad, con lo que se ocasiona una multiplicidad de grupos y una pulverización de la opinión, al tiempo mismo en que por entrar en demasiados campos, por abarcarlo todo, resulta prácticamente totalitario. Habría que reconocer al partido solamente en cuanto representa las grandes líneas de una política general y limitar la presencia efectiva de aquellos grupos realmente representativos. Así, las disposiciones que, so pretexto de evitar las presiones derivadas del apoyo económico, subvencionan a los partidos, conducen a esta limitación, por exigir, para conseguir esta beligerancia, un porcentaje de votantes.

En la América hispánica el partido ha tendido a asociar a un grupo de amigos en torno de uno de ellos o de determinados programas e intereses, pero al acceder al poder ha buscado el monopolio político, excluyendo, cuando no destruyendo, a los demás partidos. De esta forma, la disidencia ideológica no ha podido encontrar otra salida que el alzamiento. Vale la pena meditar en el hecho de que por este fallo en el mecanismo del partidismo las revoluciones sudamericanas constituyen en la frase de García Calderón la forma necesaria de la actividad política. De tal manera se rompe la convivencia, y a la multiplicidad sucede la unicidad.

Adviértese así que en la sociedad de masas y en el mundo ac-

tual sirven de poco los esquemas doctrinales del partidismo novecentista. La reacción más clara es el partido único, centro de energía y síntesis renovadora. Pero tampoco el monopartidismo resuelve los problemas que tiene delante la organización de las coincidencias y la resolución de las discrepancias, porque el partido único no admite las últimas. Suprimir éstas es suprimir la oposición, anular la acción crítica. Toda discrepancia se asimila a una traición: cualquier oposición interna invita a las fuerzas externas a actuar. Si el monopartidismo ha de quedar en la historia entrará como antipartidismo. Tarea del partido único no es ser el único, sino el último partido; acabar con ellos y constituirse como cauce de elevación de la minoría dirigente. En este sentido, el partido único es institución transitoria que conduce al Estado sin partidos, a un ordenamiento de fuerzas metaestatales a las que deja su huella como esquema.

En España valdría la pena meditar sobre los avatares del partidismo y considerar con ánimo de estudio que el Carlismo no aceptó nunca los partidos, y que el Sindicalismo más arraigado —el de la CNT— no quiso saber nada de ellos. En la línea tradicionalista su organización se llamó comunión, y sus teorizantes no aceptaron otro alistamiento que el momentáneo exigido por la defensa de cuestiones pendientes. ¿Podría encontrarse representado el país por asociaciones diversas, del mismo modo que aceptamos que al pueblo que trabaja lo representen los Sindicatos? Lo que el hombre hace califica, y su función cerca del pueblo es lo que ha de darle título para intervenir en la vida política.

COMUNIDAD Y REPRESENTACIÓN

En fin de cuentas, detrás de muchos de los partidos políticos no hay sino sindicatos, iglesias, asociaciones de diversa calificación y grupos de intereses dispuestos a presionar. Norteamérica nos ofrece, dentro del amplio cuadro lectoral, no sólo a la «American Legion», sino a ciertas asociaciones con objetivos concretos (p. ej. contra la enmienda XVIII); la iglesia metodista fue calificada por el general Grant como tercer partido, al lado de los demócratas y de los republicanos... En regímenes de monopartido —como el fascismo— la Acción Católica se encontró llevada al juego político, mientras en otras fórmulas alimentó a alguno de los partidos (como al Centro Alemán durante la República de Weimar). No pueden ig-

norarse la fuerza del dinero, ni el hecho de la lucha por el botín, no sólo en los partidos, sino dentro de los grupos y en la actuación parlamentaria. La historia del «High Civil Service» inglés y la de los «junkers» prusianos es también buen ejemplo. La influencia de éstos últimos bajo Guillermo II es bien conocida.

En el orden de la comunidad lo que importa es la representación: si estos grupos o fuerzas son, en efecto, según la fórmula medieval, las «vísceras del reino», es lógico admitir su intervención en la ordenación de las coincidencias y la resolución de las discrepancias. El consenso que exigía Cicerón obtuvo ya en la Edad Media las más altas proclamaciones, incluso con referencias electorales: *conservari non potest quod votis multorum repugnat*. La revolución de 1789 interpretó el viejo mandato en forma excesivamente novadora: no se representan estamentos, grupos o ciudades, sino el pueblo entero; sólo se los representa en virtud del sufragio; aspecto éste acerca del cual siempre es válida la observación de Rousseau: el pueblo inglés cree que es libre, pero solamente lo es en el momento de designar sus diputados...

La idea de representación no estriba únicamente en la delegación. La ciudad surge de una «coniuratio». Si los decuriones romanos representan a la ciudad es porque el vínculo aparece en ellos «como si todos los miembros de aquélla se hubiesen obligado individualmente». Cuando se mira a la curia medieval, los procuradores de alguna reunión española la ven como proyección de la sociedad entera y trasladan a ella los estamentos de la nobleza, del clero y de la ciudadanía. Se insiste en que lo que a todos atañe no puede decidirse sino por todos (*quod omnes tangit ab omnibus approbetur*). Por eso, los reyes medievales se comprometen a no obrar sin oír a tales representantes del pueblo; es decir, pues, que no se consideran ellos mismos titulares plenarios de la representación popular. Las propias comunidades religiosas admitieron que la representación exigía este mecanismo. Tales comunidades se muestran madrugadoras en tal punto. Los dominicos y los franciscanos intervienen siempre que reúnan a más de doce frailes. Los mecanismos así establecidos son llevados a la vida diocesana por mediación de un arzobispo dominico, Roberto Kilwardy, de Cantorbery.

La historia española muestra a las Cortes y a los Parlamentos, mas también a los Consejos con representación, y muestra, incluso, fuera de estas instituciones, organizaciones representativas como las Juntas del Clero ó el Sindicato de los Payeses.

En la sociedad política no puede llegarse a una unidad excesiva o desmesurada, no puede ser *unum ens per se*, como diría Alonso de Madrigal, y si pretendemos reducirla a esa unidad (*ad tantam unitatem*) excederemos su naturaleza (*excedemus naturam civitatis*). Al lado de la organización política propiamente dicha ha de quedar la organización social, más hoy en que el sindicalismo y el gremialismo irrumpen decisivamente en la vida pública.

El problema, pues, de la representación no se agota en su acción sobre las formas orgánicas, al margen de las formas mecánicas electorales, pues exige, ante todo, el control de la espontaneidad, de la autenticidad. La representación sindical, gremial o en cualquier forma, corporativa o societaria, no puede escamotear el fondo del problema, ya que, como ha señalado recientemente Ruiz del Castillo desde esta misma REVISTA (*), la división de actividades con que concurren a integrar la representación el poder minoritario que inicia y delibera, y el poder mayoritario que orienta o disiente, depara coyuntura a que la política adquiera lucidez de obra común.

JUAN BENEYTO

R É S U M É

L'agroupement de gens s'appuie sur des éléments d'attraction de caractère congénial unis à divers schémas mentaux. L'attraction écologique et biologique est aussi importante ainsi que les affinités religieuses, linguistiques, culturelles ou politiques. La formation de l'ossature du groupe dépend en grande partie de la décantation de tous ces éléments. Les politiciens peuvent stimuler le processus de cohésion de la société en stimulant les affinités, mais un excès dans cette entreprise peut produire des antagonismes capables de préparer des altérations et des subversions.

Les idéologies ont été spécialement utilisées comme instruments d'unification, ce qui a permis de fixer des groupes politiques qui ont souvent pris la forme de partis. Mais l'action du parti, comme moyen de socialisation, n'a pas toujours obtenu son objectif d'agroupement. A ceci est due la tendance actuelle de remarquer la force

(*) C.. RUIZ DEL CASTILLO: «La política y la felicidad», en REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, núm. 100, 1958.

des autres types de groupes et même de les distinguer dans le parti.

L'auteur nous propose de réfléchir sur les avatars du régime de partis et fait remarquer le danger social d'une unification excessive, et en même temps il souligne que le problème ne termine pas avec la représentation organique mais que le contrôle de la spontanéité et de l'authenticité est nécessaire, étant donné que seul le jeu des pouvoirs majoritaires et minoritaires donne à l'oeuvre politique son vrai caractère communal.

S U M M A R Y

The grouping together of people relies on elements of attraction of a congenial character to which are joined various different outlooks. Ecological and bioparental attraction is also important, and finally, religious, linguistic, cultural or political contacts. The formation of the group structure depends largely on the decantation of all these elements. Politicians are able to stimulate the process of cohesion of society by stimulating these contacts, but an excess in this enterprise can lead to antagonisms capable of bringing about disturbances and subversions.

Ideologies have been especially used as instruments of union, causing political groups to be established which have frequently taken a partisan form. But the actuation of the party as a kind of socialization has not always reached its unifying objective. Because of this there is the present tendency to highlight the strength of other kinds of groups and even to distinguish them inside the very party.

The author proposes a meditation on the problems of partisanship and points out the social danger of excessive unification, at the same time as he underlines that with organic representation the problem is not brought to an end, a control in the spontaneity and authenticity being necessary, as it is only the juggling of powers, majorities and minorities that provide a real communal character to the political structure as a whole.

